

CRONICA LITERARIA

por Domingo Melfi

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA PATRIA

Son muchas las casas chilenas en las cuales es tarea bastante difícil encontrar el retrato de algún prócer o héroe de las guerras de la Independencia. Por algo empieza un país a manifestar su admiración constante por los que le dieron forma a la nacionalidad. Son, también, muchos los edificios públicos en los que aquella tarea es, también, motivo de desengaño. Decimos esto a propósito de la campaña emprendida para restablecer en su energía espiritual la figura de O'Higgins, no olvidada, sino desconocida por una gran mayoría de ciudadanos. Se ha traído a cuento en estos días la ignorancia general en materia de historia patria. Se ha dicho que entre nosotros se conoce mejor y más minuciosamente la historia de Europa y Asia que la historia de Chile. Hay quienes afirman que es la nuestra una historia sin grandes acontecimientos y sin grandes personajes. Pero lo cierto es que cada país crea lo que puede, y da cuerpo a figuras humanas compatibles con la naturaleza de los acontecimientos.

El que tenga curiosidad y asista a los remates de menajes de casas en Santiago, podrá verificar— no en todas, pero sí en muchas— una verdad muy triste: los libros chilenos brillan por su ausencia. En cambio, encontrará gran cantidad de libros europeos. Este fenómeno es igual al que hemos señalado más arriba. En las paredes de muchas casas cuelgan reproducciones de cuadros de batallas europeas o escenas de la vida en la Roma de los Césares. No se encontrarán, sino por excepción, cuadros de artistas nacionales. Es verdad que el cuadro es un lujo,

porque es caro, pero no es menos cierto que la visión continua de motivos del país o de figuras de hombres del país, graba insensiblemente en el espíritu una noción más alta del deber para con lo que se llama la tierra propia.

Hay personas que nos cuentan intimidades de Napoleón, de Julio César, de Nelson. Intimidades que acaso los propios franceses o italianos o ingleses desconocen. En cambio, esas personas, nacidas en Chile, en un barrio de Santiago o en una ciudad de provincia, apenas podrían narrarnos alguna de las intimidades de O'Higgins, de Carrera, o de Blanco Encalada. Las ignoran o las conocen a medias. Detalles casi pueriles de la Revolución Francesa — es cierto que fué un suceso de resonancia universal — los conocen de memoria muchos ciudadanos de esta tierra. Pueden seguir los pasos de Danton, Marat, Robespierre; las vicisitudes de Madame de Roland, los sufrimientos de Maria Antonieta y de la Princesa de Lamballe; pueden hasta señalar, en un plano de París, la calle en que vivió unos días escondido, Saint Just, y la pleza que habitó por algunas horas Madame Dubarry. Será difícil, en cambio, sacarles palabras acerca de las peripecias de algunos héroes o personajes de calidad política del pasado chileno.

La historia patria se hace de intimidades y de esfuerzos generosos. Queremos decir la historia vivida, más tarde, por las generaciones que nacen cien o doscientos años después de ocurridos los sucesos. Intimidades humanas, generosidades superiores a la miseria mezquina del diario vivir. El héroe tiene también su humanidad, su sensibilidad especial. Un programa pedagógico general, no sólo para los niños de escuelas, sino para

los adultos que ya abandonaron la escuela, consistiría en mostrar viva y palpitante la entraña de los que dieron gloria o lustre a este país. El Estado debería realizar con la cinematografía cursos completos de historia patria, tomando héroes, y revelándolos en la grandeza y en el sacrificio. Se podría hacer argumentos fáciles, a medida de la capacidad de los espectadores, y más tarde completar, para públicos más preparados, con otra serie de visiones más profundas. Si todo, según se vé, entra por los ojos, justo es que se le dé satisfacción por ese lado del organismo. Si la lectura de los libros nacionales, de la historia nacional, no es un manjar muy apetecible para ciertos y numerosos paladares, es necesario suministrarles el alimento por otros conductos. Existen en Chile algunos buenos actores y actrices que podrían ser contratados por el Estado para que sirvieran, con su interpretación escénica, en la realización de películas históricas. Hay sucesos bastante dramáticos o de gran aliento en el pasado chileno. Personajes que darían un material riquísimo para el cine; mujeres valerosas que podrían ser tomadas como ejemplo de virtudes.

Continuamente nos da a nosotros el cine europeo, visiones magníficas de escenas y vidas que tienen relieve y colorido admirables. No serán nuestras películas tan perfectas, ni los héroes o escenas tan magníficos, pero serán nuestros, servirán, la medida de su calidad, para retemplar esta alma chilena, cansada ya de no haber padecido nunca grandes conmociones y aletargada en su esencia para el sentido de lo histórico y de los humanos en la historia.

Si las generaciones nuevas crecen en medio de la indiferencia general, en punto a conocimiento de lo que Chile fué, y lo que de allí puede extraerse, como ejemplo y como emoción para una vida más digna, ello es únicamente producto de la falta de interés por acercarse a esas generaciones al latido cordial que dió en otras épocas el pulso de la nacionalidad. Es doloroso constatar que muchos niños saben más de la historia de Europa que de la de Chile. Saben, también, más de aquella geografía y no de la nuestra. Están al cabo de muchos detalles de la vida pasada de cualquier país europeo, y apenas saben algunas cosas elementales de la vida chilena.

El mundo va a sufrir una honda transformación. Estos países tributarios, hasta en las ideas, de Europa, carecen de firmeza espiritual para defender su pequeño patrimonio moral. Insensiblemente han hecho el negocio de Europa, porque han querido ser, sin que nadie se lo pidiera o exigiera, sucursales de aquel mundo desvencijado por las más feroces pasiones. Si Keyserling pudo exclamar al ver el suelo opulento de América, sus bosques inmensos y sus razas energicas, en potencia, aunque no obstensibles: "tierra de la esperanza, escudo del futuro", fué porque quince años atrás ya sentía el rumor oscuro y escalofriante de la catástrofe inminente. Su ojo avizor vió la tierra de promisión, extendiéndose como una amplia estepa fecunda. Y naturalmente, la historia la vida de los héroes y de los grandes hombres que se sacrificaron en el pasado, es uno de los tesoros más ciertos que poseen los países hispanoamericanos.